HELEN FIELDING

Bridget Jones

Sobreviviré

booket

Helen Fielding
Bridget Jones: Sobreviviré

Traducción de Néstor Busquets Tusquets

Planeta

1

Feliz para siempre jamás

lunes 27 de enero

58,6 kg (cuerpo todo grasa), 1 novio (¡hurra!), 3 polvos (¡hurra!), 2.100 calorías, 600 calorías quemadas por los polvos, así que, calorías totales: 1.500 (ejemplar).

7.15 a.m. ¡Hurra! Los años de soledad han acabado. Ya llevo cuatro semanas y cinco días manteniendo una relación funcional con un hombre adulto, lo que demuestra que no soy una paria del amor como temía. Me siento de maravilla, como Jemima Goldsmith u otra recién casada parecida inaugurando con el velo puesto un hospital contra el cáncer mientras todo el mundo se la imagina en la cama con Imran Khan. ¡Oh! Mark Darcy se acaba de mover. Quizá despierte y hable conmigo de mis opiniones.

7.30 a.m. Mark Darcy no se ha despertado. Ya sé, voy a levantarme y a prepararle un fantástico desayuno con salchichas fritas, huevos revueltos y champiñones, o quizá huevos benedict o florentine.

7.31 a.m. Según lo que sean en realidad los huevos *benedict*, o los *florentine.*

7.32 a.m. Sólo que no tengo ni champiñones ni salchichas.

7.33 a.m. Ni huevos.

7.34 a.m. Ni —ahora que lo pienso— leche.

7.35 a.m. Todavía no se ha despertado. ¡Mmm! Es encantador. Me encanta mirarlo cuando duerme. Sus hombros anchos y su pecho peludo son muy sexys. No es que sea un objeto sexual ni nada de eso. Me interesa el cerebro. ¡Mmm!

7.37 a.m. Todavía no se ha despertado. No debo hacer ruido, lo sé, pero quizá podría despertarlo delicadamente con mi energía mental.

7.40 a.m. Quizá ponga... ¡AAAAAH!

7.50 a.m. Ahí estaba Mark Darcy incorporándose de golpe y gritando:

—Bridget, ¿quieres parar? Maldita sea. Mirándome cuando estoy durmiendo. Busca algo que hacer.

8.45 a.m. En el Café Coins tomando un *cappuccino* y un cruasán de chocolate y fumando un cigarrillo. Es un descanso fumar un cigarrillo en público y no tener que guardar las apariencias. De hecho es muy complicado tener un hombre en casa, ya que libremente no puedo pasarme el tiempo necesario en el cuarto de baño o convertirlo en una cámara de gas porque sé que el otro va a llegar tarde al trabajo, está desesperado por mear, etc. También me perturba ver

a Mark doblando calzoncillos por la noche, pues eso hace que algo tan simple como que yo deje la ropa apilada en el suelo resulte extrañamente embarazoso. Además esta noche volverá a venir a casa, así que, antes o después del trabajo, tengo que ir al supermercado. Bueno, no *tengo* por qué, *pero* la terrible verdad es que quiero hacerlo, en una posible regresión genética de extraña *índole* que no podría admitir ante Sharon.

8.50 a.m. Mmm. Me pregunto cómo sería Mark Darcy como padre (padre de un vástago propio, quiero decir. No mío. De hecho sería enfermizo, a lo Edipo).

8.55 a.m. De todas formas, no debo obsesionarme ni fantasear.

9 a.m. Me pregunto si Una y Geoffrey Alconbury nos dejarían poner el entoldado en su césped para el banque... ¡Aaaah!

Ahí estaba mi madre, entrando en *mi* café, tan fresca, con una falda plisada de Country Casuals y una *blazer* verde manzana con brillantes botones dorados, como un astronauta que se presentara en la Cámara de los Comunes chorreando lodo y se sentase con toda la tranquilidad del mundo en primera fila.

—Hola, cariño —gorjeó—. Iba camino de Debenhams y, como sé que tú siempre vienes aquí a desayunar, pensé en pasar para saber cuándo quieres que te tiñan. Oh, me apetece una taza de café. ¿Crees que calentarán la leche?

—Mamá, ya te he dicho que no quiero que me tiñan —murmuré, sonrojada, mientras la gente nos miraba y

una camarera malhumorada se acercaba como un rayo a nuestra mesa.

—Oh, no seas tan pasmarote, cariño. ¡Necesitas reafirmarte! No estar siempre mirando los toros desde la barrera, parapetada en todos esos dulces y porquerías. Oh, hola, querida.

Mamá adoptó su tono amable y pausado de «intentemos hacer buenas migas con los camareros y ser la persona más especial del café por alguna inescrutable razón».

—Bueno. Déjame. Veamos. ¿Sabes?, creo que tomaré un café. He tomado tantas tazas de té esta mañana en Grafton Underwood con mi marido Colin que estoy verdaderamente harta de té. Pero ¿me podrías calentar un poco de leche? No puedo tomar leche fría con el café. Me provoca indigestión. Y entonces mi hija Bridget tendrá que...

Grrr. ¿Por qué hacen eso los padres? ¿Por qué? ¿Es la súplica desesperada de una persona madura que pide atención y necesita darse importancia, o es que nuestra generación urbana está demasiado atareada y desconfía demasiado de los demás como para mostrarse abierta y amistosa? Recuerdo que al principio de vivir en Londres solía sonreír a todo el mundo, hasta que en unas escaleras mecánicas del metro un hombre se masturbó sobre la parte posterior de mi abrigo.

—¿Exprés? ¿De filtro? ¿*Latte*?¿De sobre descremado o descafeinado? —dijo la camarera bruscamente, mientras recogía todos los platos de la mesa que tenía al lado, mirándome de forma acusadora, como si mamá fuese culpa mía.

—De sobre descafeinado y *latte* descremada —susurré en tono de disculpa.

—Menuda chica más maleducada, ¿no habla inglés? —dijo mamá enojada a sus espaldas cuando se retiraba—. Desde luego, éste es un sitio bien curioso para vivir. ¿Es que no saben qué ponerse por la mañana?

Seguí su mirada hasta las chicas a la moda Trustafaria de la mesa de al lado. Una estaba tecleando en su ordenador portátil y llevaba Timberlands, unas enaguas, una gorra rastafari y un vellón, mientras que la otra, con tacones de aguja de Prada, calcetines de excursionismo, calzones de surfista, un abrigo de piel de llama que llegaba hasta el suelo y un sombrero de lana con orejeras de pastor del Bhutan, estaba gritando al auricular del móvil:

—O sea, me dijo que si volvía a pescarme fumando mierda me quitaría el piso. Y yo me puse en plan: «Joder, papi.» —Mientras tanto, su hijo de seis años picaba desganadamente patatas fritas de un plato.

—Pero ¿qué se cree esa chica para usar ese lenguaje?, ¡ni que estuviera hablando sola! —dijo mamá—. Vives en un mundo la mar de curioso, ¿verdad? ¿No harías mejor viviendo cerca de gente normal?

—Ésta es gente normal —dije furiosa, y señalé con la cabeza hacia la calle, por donde, desgraciadamente, pasaba una monja con hábito marrón llevando dos rorros en un cochecito.

—¿Lo ves?, por eso estás siempre hecha un lío.

—No estoy hecha un lío.

—Sí que lo estás —dijo ella—. Bueno, ¿qué tal te va con Mark?

—De maravilla —dije embelesada, y ella me miró con dureza.

—No irás a ya-sabes-qué con él, ¿verdad? Sabes que no se casará contigo.

Grrr. Grrr. Acabo de empezar a salir con el hombre con el que ella ha estado intentando que salga desde hace dieciocho meses («El hijo de Malcolm y Elaine, encantador, divorciado, terriblemente solo y rico») y ya me siento como si estuviese corriendo por un circuito de entrenamiento del ejército de reserva, saltando muros y trepando por redes, para llevarle a ella a casa una gran copa de plata con un lazo.

—Ya sabes lo que dicen después —continuó—: «Oh, era una presa fácil.» Quiero decir que... cuando Merle Robertshaw empezó a salir con Percival, su madre le dijo: «Asegúrate de que la usa sólo para mear.»

—Madre... —protesté. Aquello me pareció un poco excesivo viniendo de ella. No hacía ni seis meses que estaba paseándose con un guía turístico portugués con un maletín colgado del brazo.

—Oh, ¿no te lo he dicho? —me interrumpió, cambiando así suavemente de tema—, Una y yo nos vamos a Kenia.

—¿Qué? —chillé.

—¡Nos vamos a Kenia! ¡Imagínate, cariño! ¡Al África más negra!

Mi mente empezó a girar a toda velocidad en busca de posibles explicaciones, como una máquina tragaperras antes de pararse: ¿mi madre convertida en misionera? ¿O era que había vuelto a alquilar *Memorias de África* en vídeo? ¿O quizá había recordado de repente *Nacida libre* y había decidido criar leones?

—Sí, cariño. ¡Queremos ir de safari y conocer la tribu de los masai, y después nos quedaremos en un hotel de la playa!

La máquina tragaperras hizo un ruido metálico y se detuvo en una serie de pintorescas imágenes de señoras

maduras alemanas practicando el sexo en la playa con jóvenes nativos. Miré a mamá con reserva.

—No empezarás a hacer tonterías otra vez, ¿verdad? —le dije—. Papá acaba de superar toda aquella historia de Julio.

—¡Sinceramente, cariño! ¡No sé por qué se armó tanto alboroto! Julio sólo era un amigo... ¡un amigo por correspondencia! Todos necesitamos amigos, cariño. Quiero decir que incluso en el mejor de los matrimonios una sola persona, sencillamente, no basta: amigos de todas las edades, razas, creencias y tribus. Uno tiene que extender su conocimiento a cada...

—¿Cuándo te vas?

—Oh, no lo sé, cariño. Sólo es una idea. Bueno, tengo que irme zumbando. ¡Adióóós!

Mierda. Son las 9.15. Voy a llegar tarde a la reunión de la mañana.

11 a.m. Despacho *Despiértate, Reino Unido.* Por suerte sólo llegué dos minutos tarde a la reunión; además, conseguí esconder el abrigo haciendo una pelota con él para que diera la sensación de que había llegado hacía horas y sólo me había detenido por un asunto urgente de otro departamento en otro lugar del edificio. Avancé tranquilamente por la horrible oficina plagada de reveladores restos de una espantosa televisión matinal —aquí una oveja hinchable con un agujero en el trasero, allí una ampliación de Claudia Schiffer llevando la cabeza de Madeleine Albright, más allá una gran pancarta de cartulina que decía: «¡LESBIANAS! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!»— hacia el lugar en el que Richard Finch, con patillas y gafas de sol de Jarvis Cocker, su gorda figura horriblemente ceñida en un traje

safari retro años setenta, estaba gritando a las veinte y pico personas allí reunidas en calidad de equipo de investigación.

—Venga, Bridget Bragas-Caídas-Otra-Vez-Tarde —chilló al ver que me acercaba—. No te pago para que hagas una pelota con el abrigo e intentes parecer inocente, te pago para que llegues a la hora y tengas ideas.

Francamente, tal falta de respeto día tras día va más allá de lo que un ser humano puede soportar.

—¡Muy bien, Bridget! —rugió—. Estoy pensando en Mujeres del Nuevo Partido Laborista. Estoy pensando en su imagen y en el papel que desempeñan. Quiero a Barbara Follett en el estudio. Consíguela para que logre un cambio de imagen en Margaret Beckett. Reflejos en el pelo. Un vestidito negro ceñido. Medias. Quiero que Margaret parezca sexo andante.

A veces el absurdo de las cosas que Richard Finch me pide que haga parece no tener límite. Cualquier día me encontraré convenciendo a Harriet Harman y Tessa Jowell para que se presenten en un supermercado mientras yo les pregunto a los clientes si son capaces de adivinar quién es quién, o intentando convencer a un cazador mayor para que se deje perseguir desnudo en medio del campo por una jauría de sañudos zorros. Tengo que encontrar algún trabajo más provechoso y en el que me sienta más realizada. ¿Enfermera, quizá?

11.03 a.m. En el despacho. Vale, será mejor que llame al gabinete de prensa del Partido Laborista. Mmm. No paro de tener *flashbacks* del polvo. Espero que Mark Darcy no estuviese realmente irritado esta mañana. Me pregunto si será demasiado temprano para telefonearle al trabajo.

11.05 a.m. Sí. Tal y como dicen en *Cómo obtener el amor que deseas* —¿o era *Conserva el amor que encuentres*?— la armonía entre un hombre y una mujer es un asunto delicado. El hombre tiene que ser el cazador. Esperaré a que sea él quien me llame. Quizá lo mejor que puedo hacer es leer los periódicos para informarme de la política del Nuevo Partido Laborista, por si al final acabo consiguiendo a Margaret Beckett y... ¡Aaah!

11.15 a.m. Richard Finch gritando otra vez. Me ha metido en lo de la caza de zorros en lugar de lo de las mujeres laboristas, y tendré que hacer una conexión en directo desde Leicestershire. Que no cunda el pánico. Soy una mujer segura de sí misma, receptiva y sensible. Mi autoestima no depende de logros mundanos sino de mi vida interior. Soy una mujer segura de sí misma, receptiva... Oh, Dios. Está lloviendo a cántaros. No quiero salir a un mundo-parecido-a-una-mezcla-de-nevera-y-piscina.

11.17 a.m. De hecho es genial tener que hacer una entrevista. Una gran responsabilidad —relativamente hablando, claro: no es como tener que decidir si hay que enviar o no misiles-crucero a Irak, o como mantener pinzada la válvula aórtica durante una operación—, pero tendré la oportunidad de someter al «asesino de zorros» a un severo interrogatorio ante las cámaras y manifestar un determinado punto de vista como hace Jeremy Paxman con el embajador iraní... o irakí.

11.20 a.m. Hasta puede que me pidan una prueba de un suelto informativo para *Newsnight.*

11.21 a.m. O una serie de breves crónicas especializadas. ¡Hurra! Bien, será mejor que empiece con los recortes... Oh. El teléfono.

11.30 a.m. Iba a pasarlo por alto, pero he pensado que podría ser el entrevistado: el honorable diputado sir Hugo, asesino-de-zorros-de-Boynton, imágenes de silos, pocilgas a la izquierda, etc. Cogí el teléfono: era Magda.

—¡Hola, Bridget! Sólo llamaba para decirte... ¡en el orinal! ¡En el orinal! ¡Hazlo en el orinal!

Se oyó un fuerte estrépito seguido por el sonido del agua corriendo y unos gritos que parecían como de musulmanes siendo exterminados por los serbios, entremezclados con un insistente «¡Mamá te pegará! ¡Te pegará!» oyéndose de fondo.

—¡Magda! —chillé—. ¡Vuelve!

—Perdona, cielo —dijo, volviendo finalmente al teléfono—. Sólo llamaba para decirte... ¡mete el pito dentro del orinal! ¡Si lo dejas colgando fuera, todo el pis irá a parar al suelo!

—Estoy en pleno trabajo —dije en tono de súplica—. Tengo que salir hacia Leicestershire en un par de minutos...

—Perfecto, maravilloso, pásamelo por las narices, ya sé que tú tienes mucho *glamour* y eres muy importante y que yo estoy encerrada en casa con dos personitas que todavía ni han aprendido a hablar inglés. Bueno, da igual, sólo llamaba para decirte que he quedado con mi chapuzas para que pase mañana por tu casa a montarte las estanterías. Siento haberte dado la lata con mis aburridos asuntos domésticos. Se llama Gary Wilshaw. Adiós.

El teléfono volvió a sonar antes de que me diese tiempo a marcar. Era Jude, sollozando, con voz de cordero degollado.

—Está bien, Jude, está bien —dije, sosteniendo el teléfono contra el hombro mientras intentaba meter los recortes en el bolso.

—Es el Malvado Richard ¡buaaah!

Oh, Dios. Después de Navidad, Shaz y yo convencimos a Jude de que, si volvía a tener *una sola* conversación estúpida con el Malvado Richard acerca del pantanoso tema de su Problema de Compromiso, se la debería ingresar en un hospital psiquiátrico; y por consiguiente no podrían tener ningunas minivacaciones, ni terapia para su relación, ni ningún tipo de futuro juntos durante años y años, hasta que se reinsertase en la Comunidad.

Ella, en una magnífica proeza de amor propio, le abandonó, se cortó el pelo y empezó a aparecer por su trabajo serio y formal en la City con chaquetas de piel y pantalones a la altura de la cadera. Todos los Hugos, Johnnys y Jerrers con camisas a rayas que alguna vez se habían preguntado en vano qué había debajo de los trajes chaqueta de Jude se vieron catapultados a un estado de frenético priapismo y, al parecer, tiene al teléfono a uno distinto cada noche. Pero, de alguna manera, todo el asunto del Malvado Richard todavía la entristece.

—Estaba revisando las cosas que se dejó aquí, dispuesta a tirarlo todo, y he encontrado ese libro de autoayuda... un libro titulado... titulado...

—Está bien. Está bien. A mí puedes decírmelo.

—Titulado *Cómo conseguir citas con mujeres jóvenes: guía para hombres mayores de treinta y cinco años*.

¡Por Dios!

—Me siento fatal, fatal... —decía— ... no puedo soportar la idea de tener que volver al infierno de las citas... Es un océano insondable... Me voy a quedar sola para siempre...

Intentando encontrar cierto equilibrio entre la importancia de la amistad y la imposibilidad de llegar a tiempo a Leicestershire, me limité a darle algunos consejos preliminares a modo de primeros auxilios, de forma que por lo menos guardara la compostura: probablemente lo dejó allí adrede; no, no te quedarás sola; etc.

—Oh, gracias, Bridge —dijo Jude, que al rato parecía un poco más calmada—. ¿Puedo verte esta noche?

—Mmm, verás, Mark va a venir a casa.

Hubo un silencio.

—Estupendo —dijo sin entusiasmo—. Estupendo. Vale, que lo pases bien.

Oh, Dios, ahora que tengo novio me siento culpable con Jude y Sharon, casi como una guerrillera que cometiera traición, jugando con dos barajas y cambiando de bando a su antojo. He quedado para ver a Jude mañana por la noche, con Shaz, y en que esta noche simplemente volveríamos a hablarlo todo por teléfono; me ha parecido que la idea colaba. Ahora será mejor que llame a Magda rápidamente y me cerciore de que no se siente aburrida y se da cuenta de lo opuesto-al-*glamour* que es mi trabajo.

—Gracias, Bridge —dijo Magda cuando hubimos hablado un rato—. Es que me siento muy deprimida y sola desde lo del niño. Jeremy vuelve a trabajar mañana por la noche. Supongo que no te apetecerá pasarte por aquí, ¿no?

—Mmm, bueno, es que se supone que he quedado con Jude en el 192.

Hubo una pausa cargada de intención.

—Y supongo que yo soy una Petulante Casada demasiado sosa como para ir con vosotras, ¿verdad?

—No, no, ven. Ven, ¡será genial! —Me había pasado arreglándolo. Sabía que Jude se pondría de mal humor porque ya no podríamos centrar toda nuestra atención en el Malvado Richard, pero decidí buscar una solución más tarde. El caso es que ahora se hacía tarde de verdad y debería ir a Leicestershire sin haber leído los recortes sobre la caza del zorro. Quizá pudiera aprovechar los semáforos para ir leyendo en el coche. Me pregunto si debería hacer una llamada rápida a Mark Darcy para decirle adónde voy.

Mmm. No. Mala jugada. Pero, entonces ¿y si llego tarde? Será mejor que llame.

11.35 a.m. Glups. La conversación fue así:

Mark: ¿Sí? Al habla Darcy.

Yo: Soy Bridget.

Mark: (pausa) Ya. Ejem... ¿todo bien?

Yo: Sí. Anoche fue bonito, ¿verdad? Me refiero a... ya sabes, cuando nosotros...

Mark: Ya sé, sí. Exquisito. (Pausa) La verdad es que ahora mismo estoy con el embajador de Indonesia, el presidente de Amnistía Internacional y el vicesecretario de Estado de Comercio e Industria.

Yo: Oh. Perdón. Estoy a punto de salir hacia Leicestershire. Quería decírtelo por si me pasa algo.

Mark: ¿Por si te pasa...? ¿Qué?

Yo: Quiero decir por si me... retraso. (Concluí sin convicción.)

Mark: Vale. Bueno, ¿y por qué no me llamas y me das un tiempo estimado de llegada cuando hayas acabado? Será estupendo. Ahora te dejo; adiós.